



JIMENEZ LOSANTOS

El reciente atentado sufrido por Federico Jiménez Losantos en Barcelona vuelve a plantear una vez más en esta cultura lo de los lodos y las tempestades, proverbialmente sembrados por polvos y vientos anteriores. Es éste un recordatorio.

LODOS DE ESPAÑA

La polémica suscitada en torno al libro de Federico Jiménez Losantos, hace ahora casi tres años, señala, si no el destino normal, sí al menos el destino ideal de los libros de tesis en España. La guinda de nueve milímetros con que la polémica se remató en su propia persona expresa de la mejor manera posible lo que ocurre, no ya cuando la violencia suplanta los argumentos, sino cuando las ideas fijas sustituyen a la lectura atenta: entre quitar la razón al adversario, negándose a conocer sus razones, y taponarle la boca de un tiro para eliminar, con las razones, la persona, la diferencia que va es casi nula.

Por sabio que sea el acervo popular, por prudente que resulte resumir la experiencia en una máxima, según decía la duquesa defendiendo a Sancho, no siempre la verdad del proverbio lo es en todas sus partes: En España, lodos y tempestades son la constante, lo que nunca se sabe muy bien es ni cuando se sembraron los vientos ni cuando se aventaron los polvos: seis meses antes de la aparición del libro de Jiménez Losantos había ya formado un dossier polémico, del que una parte sustanciosa pasó a integrarse en el libro mismo, cuando del conjunto lo único cono-

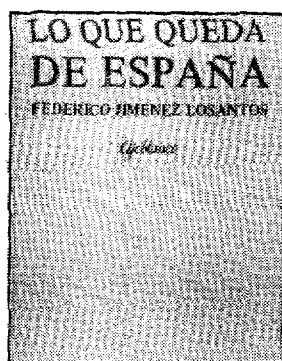
cido eran las discusiones del editor y el autor sobre el contenido del tal libro y dos artículos, uno previo al conjunto —ganador del primer premio de ensayo *Viejo Topo*— y otro, el más polémico —«El destino cultural de la emigración en Cataluña», publicado en el *«El País»*, cuando este periódico no se había planteado aún su extensión a Cataluña.

Decía Pérez de la Dehesa, introduciendo uno de los tomos de las *«Obras completas»* de Unamuno, que en España, puesto que los libros ni se leen ni se compran, los escritores se ven obligados a resumirlos en artículos, para dar publicidad a sus tesis y sacarles un poco de jugo.

El libro de Jiménez Losantos ha logrado rizar en esto la costumbre: su libro, formado todo él de artículos —previos los unos, escritos otros al aire de la polémica—, fue sentando forma al abrigo de lo que del libro ignoto se decía, y cuando al fin apareció, el conjunto poco tenía ya que leer, pasando de inmediato a convertirse en simple enseñanza.

De entonces a acá, la enseñanza, siguiendo el destino equivoco de los signos, ha pasado por varios avatares y la conciencia misma de su autor ha sufrido ciertas mutaciones.

Más que el libro en sí



«LO QUE QUEDA DE ESPAÑA», Federico Jiménez Losantos. Zaragoza. Alcrudo editor, 1979. Segunda edición. 221 páginas. 450 pesetas.

EL LIBRO DE LA SEMANA

En la España desencuadrada de hoy, la historia, medio siglo atrás, está oficiosamente sujeta a un pacto de silencio. De él nacerá el olvido.

Parece vano encrespase contra sus razones, que son poderosas, por más que no parezcan razonables. Ya pueden los editores empeñarse en difundir las minucias de tal conspiración fallida o esotra forma ministerial truncada,

desde el marqués de Estella a Casares Quiroga, o contarle los pasos a Negrín o a Santiago Alba. Poco hará el que se levante el recuerdo de los muertos que nunca conocieron los más de los que están vivos.

El olvido pactado con solemnidad no se recordará a cada paso.

(En la página 132 de «Lo que queda de España»)

mismo —cuya actual relectura requeriría casi de un desbroce hermenéutico— sería interesante releer las cosas que sobre él se dijeron sin haberlo leído: sus primeros valedores, los jerifaltes de *«El País»*, abominaron de él al poco, ante las constantes tentaciones de la Generalidad; su presentador, Umbral, asustado por el anatema catalán, renegó de su favor primero, y, para colmar el inri de la incompreensión, defensores y detractores (La Cierva, desde *«ABC»*; Savater, desde *«Caronte aguarda»*, bajo las especies de «Losretales»), coincidieron en juzgar al libro de «unamuniano», cuando éste, si por un lado sorbía los vientos, y aún en contra del deseo mismo de su autor, era del lado de Ortega.

Hay en España tres posibles destinos del escritor que llega a la masa lectora: la de aquél cuyos textos no interesan, e intentan leerse luego, cuando por otros caminos el escritor ha llegado a la cima (sería el caso de Azaña); el del autor cuyos textos se acopian, pero no se leen, porque interesan sobre todo sus gestos (y de éstos sería Unamuno el paradigma), y el escritor prócer, cuyos textos se leen en la medida en que coinciden con sus proclamas políticas. En este último destino, a pesar del consciente

amor de Jiménez Losantos por Azaña, Ortega sería su efígie modélica.

En volandas de su libro, Jiménez Losantos intentó pocos meses después una aventura política, de la que salió tan escaldado como Ortega: de sus dos plataformas cívicas. Los lodos de España abren ahora ante él, con un libro-enseña a sus espaldas y un tiro gratuito en la pantorrilla, un futuro de figura prócer de la política literaturizada. Y es que en esta cultura, la alternativa se plantea siempre entre este equivoco y las tinieblas exteriores, tan poco buscadas como el destino opuesto.



Por Alberto Cardín